

AFLICCIONES DEL HOMBRE HUMANO

ROBERT SHECKLEY

Edward Flaswell compró un planetaide, sin haberlo visto previamente, en el Departamento de Territorios Interestelares, en la Tierra. Lo eligió sobre la base de una fotografía que mostraba poca cosa aparte de una cordillera de pintorescas montañas. Pero a Flaswell le gustaban las montañas y preguntó al funcionario de Reclamaciones:

—¿Habrà o no habrà oro por aquellas colinas, paisano?

—Seguramente, paisano, seguramente —respondió el funcionario, extrañado porque un hombre en sus cabales quisiera alejarse varios años-luz de la mujer más próxima que hubiese. Pensó que ningún hombre en su sano juicio lo haría, mientras lanzaba sobre Flaswell una mirada escrutadora.

Pero Flaswell estaba absolutamente cuerdo. Simplemente no se había detenido en estudiar el problema.

Llegados a un acuerdo, Flaswell depositó una pequeña cantidad y se comprometió a mejorar su tierra cada año. Tan pronto se secó la tinta en la escritura de compra, adquirió un pasaje de segunda clase a bordo de un carguero espacial, donde se embarcó con un equipo de segunda mano, para dirigirse hacia sus posesiones.

Muchos colonizadores novatos descubren luego que compraron un pedazo apreciable de roca desnuda. Flaswell tuvo suerte. Su planetaide, al que bautizó con el nombre de Azar, poseía una mínima atmósfera fabricada que se podía activar hasta un grado respirable. Tenía agua, que su equipo de perforación alumbró al vigesimotercer intento. No encontró oro en aquellas colinas, aunque sí alguna cantidad de torio exportable. Y esto no era todo; gran parte del suelo presentaba propiedades para el cultivo de dices, olges, simises y otros frutos apetitosos.

Flaswell solía decir a su robot capataz:

—¡Este lugar me hará rico!

—Seguramente, jefe, seguramente —respondía siempre el robot.

El planetaide era innegablemente prometedor. Su desarrollo y explotación representaban una labor inmensa para un hombre solo, pero Flaswell contaba con veintisiete años, una complexión robusta y un ánimo resuelto. El planetaide prosperó bajo su hábil dirección. Pasaron meses, y Flaswell cultivó sus campos, extrajo torio de las pintorescas montañas y embarcó sus mercancías en el carguero espacial que, con no mucha frecuencia, pasaba por allí.

Su robot capataz le dijo un día:

—Jefe, no tiene usted muy buena cara.

Flaswell frunció el ceño al escuchar eso. El hombre a quien compró sus robots había sido un Sufragista Humano de la más fanática especie, que codificó la conversación de sus mecanismos según sus propias ideas del respeto debido al Género Humano. Esto resultaba molesto para Flaswell, pero le era imposible proveerse de cintas nuevas. ¿Y en qué otra parte hubiese hallado robots por tan poco dinero?

—No me pasa nada, Gunga-Sam —replicó Flaswell.

—Perdón, señor Flaswell. No es así. Habla usted solo en los campos y perdone que se lo diga.

—Nada de particular.

—Y tiene un principio de tic en el ojo izquierdo. Y le tiemblan las manos. Y bebe demasiado. Y...

—¡Basta ya, Gunga-Sam! Un robot debe saber dónde está su sitio —cortó Flaswell. Al ver la expresión ofendida que, de algún modo, se retrató en el metálico rostro del robot, dio un suspiro, añadiendo—: Tienes razón, desde luego. Siempre tienes razón, mi buen amigo. ¿Qué opinas de mí?

—Que sufre demasiado de las aflicciones del Hombre Humano.

—¡Lo sé de sobra! —Flaswell se pasó una mano por su desgredada melena negra—. A veces os envidio a vosotros, los robots, que estáis siempre riendo, no tenéis inquietudes, sois felices...

—Es porque no tenemos alma.

—Por desgracia, yo sí. ¿Qué me aconsejas?

—Que tome unas vacaciones, señor.

Gunga-Sam se retiró prudentemente para que su dueño pudiese reflexionar sobre ello.

Flaswell agradecía el buen consejo de su servidor, pero disponer de tiempo para unas vacaciones era difícil. Azar, su planetoide, se hallaba en el Sistema Trociano, es decir, todo lo aislado que se podía estar por aquella época. Es cierto que se hallaba solamente a quince días de vuelo de las chillonas diversiones de Citeria III y no muy lejos de Nagóndicon, donde podían pasarlo de lo lindo los poseedores de un estómago fuerte. Pero la distancia es oro, y oro era lo que Flaswell quería ganar en Azar.

Flaswell seguía cultivando, extrayendo más torio, y comenzó a dejarse crecer la barba. Continuaba hablando solo en los campos y bebiendo mucho por la noche. Algunos de los robots labradores se asustaban al pasar Flaswell junto a ellos y se ponían a rezar al proscrito Dios de la Combustión. Pero el leal Gunga-Sam no tardó en cortar tan ominoso giro de los acontecimientos.

—¡Autómatas ignorantes! —les exhortó—. El Jefe Humano está bien. Es fuerte, es bueno. Creedme, hermanos, es como yo digo.

Pero las murmuraciones no cesaron, porque los robots esperaban que los humanos dieran ejemplo. La situación hubiese resultado imposible de dominar de no recibir Flaswell en el siguiente envío de provisiones, el flamante catálogo de unos grandes almacenes.

Lo abrió cuidadosamente sobre la mesa de plástico y, al resplandor de una bombilla, se puso a estudiar su contenido. ¡Qué maravillas se ofrecían al colonizador solitario! Instalaciones domésticas de destilación, solidovisión portátil y...

Flaswell volvió una hoja, la leyó, tragó saliva y volvió a leer. Decía:

¡ENCÁRGUENOS UNA ESPOSA POR CORREO!

Colonizadores: ¿por qué sufrir sin compañía el azote de la soledad? ¿Por qué aceptar las Aflicciones Humanas? Ofrecemos ahora, por primera vez, una selección limitada de esposas para los pioneros que viven al margen de la civilización.

La Esposa Modelo Roebuck-Ward es elegida cuidadosamente según su energía, adaptabilidad, agilidad, perseverancia, aptitudes colonizadoras y, por supuesto, algún grado de gracia y gentileza. Las seleccionadas reúnen condiciones para habitar en cualquier planeta, ya que poseen un centro de gravedad relativamente bajo, una piel adecuadamente pigmentada para todos los climas, uñas cortas y fuertes en los dedos de las manos y los pies. Están bien proporcionadas, pero sin contornos perturbadores, cualidad que apreciará el colonizador atareado.

Disponemos de modelos corrientes en tres tallas (véanse detalles a continuación) que se adaptan al gusto de cada comprador. Al recibo de su pedido, Roebuck-Ward congelará una y se la enviará, en tercera clase, por flete reducido. De este modo, sus gastos quedarán reducidos al estricto mínimo.

¿Por qué no cursa el pedido de una esposa HOY MISMO?

Flaswell llamó a Gunga-Sam y le enseñó el anuncio. El autómatas lo leyó en silencio y, luego, miró a su dueño.

—Una probable solución, *effendi* —declaró el capataz.

—¿Crees tú? —Flaswell se levantó, se puso a pasear nerviosamente por la habitación—. Pero yo no me proponía casarme ahora. ¿Qué manera es ésta de casarse? ¿Cómo sé si ella me gustará?

—Al Hombre Humano le conviene tener Mujer Humana.

—Sí, pero...

—Por otra parte, ¿no congelan un sacerdote y lo envían también?

Una lenta sonrisa surcó el rostro de Flaswell al digerir la perspicaz observación de su servidor.

—Gunga-Sam —dijo—, como de costumbre, has ido directamente al fondo de la cuestión. Me figuro que habrá una moratoria mientras un hombre toma una decisión. Resulta demasiado caro congelar un sacerdote. ¡Y sería tan bonito tener al lado una mujer que te ayudase...!

Gunga-Sam logró mostrar una sonrisa inescrutable.

Flaswell se sentó y cumplimentó su pedido, especificando que deseaba una mujer de talla pequeña, que estimó lo bastante grande para él. Indicó a Gunga-Sam que transmitiese el pedido por la radio.

Las siguientes semanas estuvieron llenas de agitación para Flaswell, que empezó a escudriñar con ansiedad el horizonte. Los robots entraron en un estado de expectación. Por las noches, sus alegres canciones y danzas estaban entremezcladas con cuchicheos y jovialidad. Los autómatas decían mil veces a Gunga-Sam:

—Oye, capataz, ¿cómo será la Mujer Humana del Jefe?

—Eso a vosotros no os importa —les respondía Gunga-Sam—. Es un problema del Hombre Humano y no debéis meter las narices en él.

Pero finalmente observaba el horizonte con tanta ansiedad como los demás.

Durante aquellas semanas, Flaswell meditó sobre las virtudes de la Esposa Modelo. Cuanto más pensaba en ello, más le agradaba la idea. No quería una mujer bonita, pintada, desvalida e inútil. Pero resultaría muy agradable tener una compañera alegre, con sentido común, que supiese guisar, lavar, arreglar la casa, dar órdenes a los robots domésticos, coser la ropa, hacer mermelada...

Así dejaba pasar el tiempo, soñando y comiéndose las uñas.

Por fin, el carguero espacial surgió en el horizonte, aterrizó, descargó una caja grande de embalaje y despegó en dirección hacia Amira III.

Los robots trajeron la caja a Flaswell.

—¡Su esposa nueva, señor! —exclamaron triunfalmente, y lanzaron al aire sus latas de petróleo.

Flaswell concedió inmediatamente medio día de fiesta, y pronto quedó solo, en su sala de estar, con la gran caja helada, con la leyenda *Frágil. Contiene Mujer*.

Apretó los botones de los controles de descongelación, esperó la hora prescrita y abrió la caja. Dentro había otra, que necesitaba dos horas para descongelarse. Flaswell aguardó impaciente, paseándose arriba y abajo por la sala y devorando lo que aún restaba de sus uñas.

Y pasado el tiempo, Flaswell abrió con mano temblorosa la tapa y vio...

—¿Qué es esto? —exclamó.

La joven que se hallaba en el interior de la caja pestañeó, bostezó como un pequeño gato, abrió los ojos y se incorporó. Se miraron, y Flaswell comprobó que se había cometido un grave error.

La muchacha lucía un bonito y nada práctico vestido blanco, con su nombre, Sheila, bordado en hilo de oro. El siguiente detalle que observó Flaswell fue su delgadez, poco a propósito para un duro trabajo en condiciones distintas a las del planeta Tierra. Su cutis era blanco como la nieve, muy susceptible sin duda a las ampollas del cruel sol veraniego del planetoides. Sus manos tenían los dedos largos, con uñas rojas. Era elegante, completamente distinta a lo que Roebuck-Ward había prometido. En cuanto a sus piernas y demás partes, Flaswell decidía que serían perfectas en la Tierra, pero no allí, donde un hombre tiene que poner atención en su trabajo.

Ni siquiera podía decirse que tuviese un centro de gravedad bajo, sino todo lo contrario.

Flaswell pensó, no sin razón, que le habían engañado, estafado, puesto en ridículo.

Sheila salió de la caja, se acercó a una ventana y miró los campos verdes y floridos de Azar, flanqueados a lo lejos por montañas.

—¿Dónde están las palmeras? —preguntó la joven.

—¿Palmeras?

—Sí. Me dijeron que en Srinigar V había palmeras.

—Esto no es Srinigar V —repuso Flaswell.

—¿No es usted el pachá de Srae?

—Soy el colonizador que explota este planetoides. ¿No es usted la Esposa Modelo Roebuck-Ward?

—¿Lo parezco acaso? —gritó Sheila, echando chispas por los ojos—. Soy la Esposa Modelo de Gran Lujo, y esperaba que me mandasen al planeta paradisíaco subtropical Srinigar V.

—Nos han engañado a los dos —replicó Flaswell con tristeza—. El departamento de despachos ha debido cometer un error.

La joven observó la mal arreglada sala de estar de Flaswell, y el temor alteró su hermoso rostro.

—Supongo que podrá facilitarme transporte para ir a Srinigar V.

—Ni aun para Nagóndicon —dijo Flaswell—. Informaré a Roebuck-Ward del error que han cometido. Ellos le facilitarán transporte cuando envíen mi pedido.

Sheila se encogió de hombros y dijo:

—El viajar enseña.

Flaswell asintió, pensativo. Aquella joven no tenía cualidades colonizadoras. Pero era pasmosamente bonita. No había razón para que su estancia no fuese agradable para ambos.

—En estas circunstancias —dijo Flaswell con una sonrisa de invitación—, podemos ser amigos.

—¿Qué circunstancias?

—Somos los únicos Humanos del planeta —Flaswell puso una mano sobre el hombro de la joven—. Tomemos una copa. Hábleme de usted...

Flaswell escuchó en aquel momento un fuerte ruido a su espalda. Se volvió y vio a un robot bajo y rechoncho que salía de un compartimiento de la caja de embalaje.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Soy un robot sacerdote —respondió éste—, autorizado por el gobierno para celebrar matrimonios en el espacio. Y, además, tengo poderes de la Compañía Roebuck-Ward para actuar como dueño y protector de esta señorita hasta que se haya celebrado la ceremonia de casamiento.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Flaswell.

—¿Qué esperaba usted? —preguntó Sheila—. ¿Un sacerdote Humano congelado?

—Eso no. Pero un robot dueño...

—Es lo mejor que puede hacerse —aseguró Sheila a Flaswell—. Le sorprendería saber lo que hacen algunos hombres apenas se han alejado unos cuantos años-luz de la Tierra.

—¿Usted cree? —repuso Flaswell desconsoladamente.

—Es lo que me han dicho —contestó Sheila, apartando su vista de él con gazmoñería—. Después de todo, la futura esposa del pachá de Srae ha de tener un protector.

—Amadísimos hermanos —entonó el robot—. Estamos aquí reunidos para unir...

—¡Ahora, no! —gritó Sheila—. ¡Con éste, no!

—Mandaré a los robots para que le arreglen una habitación —gruñó Flaswell. Se retiró, musitando para sí sobre las aflicciones del Hombre Humano.

Se puso en contacto con Roebuck-Ward, de donde le comunicaron que su pedido le sería enviado inmediatamente y el otro despachado a su verdadero destino. Luego, volvió a entregarse a su trabajo, resuelto a ignorar la presencia de Sheila y de su dueño.

El trabajo prosiguió en Azar. Había que extraer torio y perforar más pozos. Se acercaba el tiempo de la recolección, y los robots pasaban muchas horas en los campos verdes y floridos, mientras en sus metálicos rostros brillaba el aceite lubricante. El aire estaba embalsamado por la fragancia de las flores.

Sheila logró que se notara su presencia con sutil aunque sorprendente fuerza. Pronto aparecieron pantallas de plástico sobre las desnudas bombillas de luz fría, cortinas en las ventanas y alfombras en el suelo. Y otros muchos cambios adicionales en la casa, que Flaswell más bien notaba que veía.

También sufrió un cambio su dieta. La cinta memorizadora del robot cocinero estaba gastada en muchos sitios, por lo que el pobre autómatas ya no sabía preparar más que carne de buey asada, ensalada de

pepino, arroz con leche y jugo de cacao. Flaswell había venido comiendo con mucho estoicismo esos platos desde su llegada a Azar, alternándolos en ocasiones con alimentos en conserva.

En la cinta memorizadora del robot cocinero, Sheila grabó pacientemente recetas para hacer estofado, marmita de carne, ensaladas variadas, pastel de manzana y muchas cosas más. El panorama gastronómico de Azar comenzó a mejorar ostensiblemente.

Pero cuando Sheila preparó conservas con frutas del planetoide, Flaswell comenzó a experimentar dudas.

Al fin y al cabo, era una joven muy práctica, pese a su dispendiosa apariencia. Sabía hacer todo lo que una Esposa Modelo. Y tenía otros atributos. ¿Para qué necesitaba entonces su pedido?

Flaswell, tras meditar sobre esto un tiempo, confesó a su capataz:

—Estoy desconcertado, Gunga-Sam.

—¿Sí? —dijo el capataz con su metálico rostro impassible.

—Quisiera tener un poco de intuición robótica. ¿No te parece, Gunga-Sam, que ella se está portando muy bien?

—La Mujer Humana comparte los problemas del Hombre Humano.

—¿Pero por cuánto tiempo? Hace tanto como pudiera hacerlo la Esposa Modelo. Guisa, prepara conservas...

—Los trabajadores la quieren —dijo Gunga-Sam con sencilla dignidad—. Ha de saber, señor, que durante la epidemia de oxidación que se declaró la semana pasada, ella trabajó noche y día para consolar y curar a los asustados robots más jóvenes.

—¿Hizo eso? —preguntó conmovido Flaswell—. Una mujer de su condición, un modelo de lujo...

—No importa. Es una Mujer Humana y tiene fuerza y nobleza.

—¿Sabes que me has convencido? —dijo Flaswell muy despacio—. Creo realmente que tiene condiciones para quedarse aquí, aunque sea de otro modelo. La cuestión es amoldarse a las circunstancias. Le voy a decir que se quede con nosotros y luego anularé el pedido.

Una expresión extraña, que podría ser de regocijo, brilló en los ojos del capataz. Hizo una profunda reverencia y dijo:

—Será como desee el señor.

Flaswell corrió a buscar a Sheila.

Sheila se hallaba en la enfermería, instalada en lo que antes había sido un cobertizo de herramientas. Con la ayuda de un robot mecánico, estaba curando abolladuras y dislocamientos de piezas, enfermedades peculiares de los seres de piel metálica.

—Sheila, deseo hablar con usted —dijo Flaswell.

—Tan pronto termine de ajustar este perno, estaré a su disposición —respondió distraídamente la joven.

Ajustó debidamente el perno y dio un pequeño golpe con la llave al robot.

—Vamos, *Pedro*. Intenta caminar ahora con esa pierna.

El robot se levantó con cautela, puso peso sobre su pierna y vio que resistía. Dio cómicas cabriolas alrededor de la Mujer Humana diciendo:

—Me ha reparado usted muy bien. *Gracias*, señora.

Salió y se alejó saltando bajo el sol.

Sheila y Flaswell lo siguieron con la mirada, sonriendo ante sus extravagancias.

—Son como niños —dijo Flaswell.

—No se puede evitar quererlos —respondió Sheila—. Son tan felices, tan despreocupados...

—Porque no tienen alma —le recordó Flaswell.

—Es cierto, no tienen alma —asintió tristemente la joven—. ¿Qué deseaba decirme?

—Pues...

Flaswell miró a su alrededor. La enfermería era un lugar antiséptico, lleno de llaves, destornilladores, sierras para cortar metal, martillos de punta y otros instrumentos médicos. No era el ambiente apropiado para lo que pretendía decir.

—Venga conmigo —dijo.

Salieron de la enfermería y atravesaron los campos verdes y floridos hasta el pie de las espectaculares montañas de Azar. Allí yacía una quieta y oscura extensión de agua, a la que daban sombra riscos escarpados, sobre la que colgaban árboles gigantescos que Flaswell había plantado. Se detuvieron allí.

—Quería decirle, Sheila, que me ha sorprendido completamente. Creí que era usted un parásito, una persona sin carácter. Su condición, su educación, todo parecía dar eso a entender. Pero estaba equivocado. Ha luchado contra un mundo al margen de la civilización, lo ha conquistado triunfalmente y se ha ganado los corazones de todos.

—¿De todos? —musitó Sheila.

—Creo que puedo hablar en nombre de todos los robots del planeta. La idolatran. Creo que ya es usted como uno de nosotros.

La joven permaneció callada largo rato, mientras el viento susurraba por entre las ramas de los árboles gigantescos, rizando la oscura superficie del lago.

Sheila rompió el silencio para decir:

—¿De veras lo cree?

Flaswell se sintió cautivo de la exquisita perfección de aquella mujer, perdido en las profundidades de topacio de sus ojos. Su respiración se hizo más acelerada. Tomó la mano de la joven.

—Sheila...

—Edward...

—Amadísimos hermanos —aulló una estridente voz metálica—. Estamos aquí reunidos...

—¡Ahora no, grandísimo loco! —gritó Sheila.

El robot sacerdote se adelantó y dijo con aspereza:

—No me gusta inmiscuirme en los asuntos de los Humanos, pero así me obligan mis coeficientes grabados en cinta. A mi entender, el contacto físico es una insensatez. Como experiencia, una vez entrechoqué mis miembros con una robot costurera. Y todo lo que logré con estas molestias fue una abolladura. En cierta ocasión creí experimentar algo, un pulso eléctrico que me atravesó vertiginosamente y me hizo imaginar que estaba trazando lentamente figuras geométricas. Pero, tras un examen, descubrí que el aislamiento había salido de un centro conductor. Por lo tanto, esta emoción carecía de validez.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Flaswell.

—Perdone mi presunción. Intentaba explicar que yo, personalmente, considero ininteligibles las instrucciones que me han dado... Es decir, impedir todo contacto físico mientras no se haya celebrado la ceremonia nupcial. Pero éstas son las órdenes que tengo. ¿Puedo cumplirlas ahora?

—¡No! —gritó Sheila.

El robot se encogió de hombros como quien no puede remediar la cosa y se perdió entre la maleza.

—No puedo soportar a un robot que no conozca cuál es su sitio —dijo Flaswell—. Pero me alegro que esté aquí.

—¿Cómo?

Flaswell respondió con aire de convicción:

—Vale tanto usted como la mejor Esposa Modelo y es mucho más bonita. ¿Quiere casarse conmigo?

El robot volvió a acercarse a ellos.

—No —declaró Sheila.

—¿No? —repitió Flaswell, sin comprender.

—Ya me ha oído. ¡No!

—¿Por qué? Sería tan conveniente que se quedara, Sheila. Los robots la adoran. Nunca los había visto trabajar tan bien.

—No me interesan sus robots —replicó la joven, muy erguida, desmelenada, con los ojos llameantes—. No me interesa su planeta. Ni me interesa usted en modo alguno. Me iré a Srinigar V, donde seré la mimada esposa del pachá de Srae.

Se miraron; Sheila, con el rostro pálido de ira, Flaswell, rojo de confusión.

El robot sacerdote terció:

—¿Puedo ya dar principio a la ceremonia...? Amadísimos hermanos...

Sheila dio media vuelta y corrió hacia la casa.

—No comprendo —dijo lastimosamente el robot sacerdote—. Todo esto es muy complicado. ¿Cuándo se celebrará la ceremonia?

—No se celebrará —respondió Flaswell, que echó a caminar hacia la casa, fruncidas las cejas por la cólera.

El robot vaciló, suspiró metálicamente y se apresuró a reunirse con su protegida.

Flaswell pasó toda aquella noche sentado en su cuarto y bebió mucho, mientras gruñía en voz baja. Poco después del alba, el leal Gunga-Sam llamó y entró a la pieza.

—¡Mujeres! —barbotó Flaswell a su servidor.

—¿Eh? —inquirió Gunga-Sam.

—Nunca las entenderé. Me ha engañado... Creí que quería quedarse. Creí...

—El espíritu del Hombre Humano es oscuro —repuso Gunga-Sam—, pero es claro como el cristal comparado con el de la Mujer Humana.

—¿Dónde has aprendido eso? —quiso saber Flaswell.

—Es un antiguo proverbio de los robots.

—A veces pienso que los robots tenéis alma.

—¡Oh, no, señor Flaswell! Está expresamente especificado en nuestras Instrucciones de Montaje, que los robots han de ser contruidos sin alma para que no padezcan la angustia.

—Es una medida muy acertada —aseveró Flaswell—. Debiera aplicarse también a los Humanos. ¡Que se vaya al infierno esa mujer! ¿Ahora qué quieres?

—Vengo a decirle, señor, que se dispone a aterrizar la nave de transporte.

Flaswell se puso pálido.

—¿Tan pronto? Esto significa que mi pedido...

—Indudablemente.

—Y se llevará a Sheila a Srinigar V.

—Con toda seguridad, señor.

Flaswell gimió lastimeramente. Luego dijo:

—Está bien. Voy a ver si está dispuesta.

Halló a Sheila en la sala de estar, contemplando las maniobras de la nave.

—Le deseo mucha suerte, Edward. Espero que su esposa resulte a su gusto.

La nave aterrizó y los robots comenzaron a mover una caja grande de embalaje.

—Mejor será que me vaya —dijo Sheila—. No esperarán mucho tiempo.

Le tendió la mano y Flaswell la tomó.

La mantuvo así durante un momento y, luego, se dio cuenta que la tomaba del brazo. Ella no opuso resistencia. Flaswell de pronto tomó a Sheila en sus brazos. La besó y se sintió como un pequeño sol que se convierte en nova.

Sheila suspiró.

Flaswell carraspeó dos veces.

—¡Sheila, te quiero! No te puedo ofrecer muchas comodidades aquí, pero si te quedas...

—Ya era hora que te dieras cuenta que me quieres! ¡Claro que me quedo!

Los pocos minutos siguientes fueron de éxtasis y definitivamente vertiginosos. Finalmente, fueron interrumpidos por fuertes voces de robot que hablaban en el exterior. Se abrió la puerta y entró el robot sacerdote, seguido de Gunga-Sam y dos granjeros mecánicos.

—¡Sorprendente! —exclamó el robot sacerdote—. ¡Increíble! ¡Pensar que he llegado a ver cómo un robot incita a otro a pelear!

—¿Qué ha pasado?

—Este capataz suyo se ha sentado sobre mí —respondió indignado el robot sacerdote—, mientras sus compañeros me tenían sujeto. Lo único que pretendía era entrar a esta habitación y cumplir con mi deber tal como me han ordenado el Gobierno y la Compañía Roebuck-Ward.

—¿Por qué has hecho eso, Gunga-Sam? —preguntó Flaswell con una sonrisa.

El robot sacerdote se acercó a Sheila.

—¿Está averiada? ¿Abolladuras? ¿Algún cortocircuito?

—No lo creo —contestó Sheila sin aliento.

Gunga-Sam explicó a Flaswell:

—La culpa es mía, Jefe. Pero todos saben que el Hombre Humano y la Mujer Humana necesitan soledad durante su noviazgo. No he hecho más que lo que consideré mi deber.

—Has hecho muy bien —afirmó Flaswell—. Te estoy profundamente agradecido, Gunga-Sam... ¡Dios mío!

—¿Qué sucede? —preguntó Sheila, recelosa.

Flaswell miraba por la ventana. Los robots labradores llevaban hacia la casa una caja de embalaje.

—¡La Esposa Modelo! ¿Qué haremos, cariño? Anulé el pedido por el que te mandaron a ti e hice otro... ¿Crees que se puede rescindir legalmente el contrato?

Sheila se echó a reír.

—No te preocupes. Esa caja no contiene ninguna mujer. Tu pedido fue anulado tan pronto se recibió.

—¿De veras?

—Puedes estar seguro —respondió la joven, bajando la vista avergonzada—. Me odiarás por...

»En los archivos de la Compañía se guardan las fotografías de los colonizadores que piden esposa. Las mujeres podemos elegir entre ellos... Estuve allí muchas veces para que no me clasificasen como modelo de lujo hasta que trabé amistad con el jefe del departamento de pedidos. Y me mandaron aquí.

—Pero el pachá de Srae...

—Lo inventé yo.

—¿Por qué? —preguntó Flaswell, extrañado—. Siendo tan bonita...

—Todos esperan que sea un juguete para un idiota gordinflón. ¡No me da la gana! ¡Quiero ser una esposa! ¡Y valgo tanto como una mujer fea y rechoncha!

—Mucho más.

—Sé guisar, curar robots, cosas prácticas. ¿No lo he demostrado?

—Lo has demostrado, cariño.

Sheila se echó a llorar.

—Pero nadie lo hubiese creído, y por eso tuve que engañarte para que me dejaras estar aquí hasta que te enamorasas de mí.

—Y lo estoy —repuso Flaswell, enjugándole las lágrimas a Sheila—. Todo ha salido a pedir de boca. Una feliz coincidencia.

Algo similar al rubor apareció en el metálico rostro de Gunga-Sam.

—¿No ha sido acaso una feliz coincidencia?

—Verá usted, señor Flaswell, *effendi*... Es bien sabido que el Hombre Humano necesita una Mujer Humana atractiva. La Esposa Modelo parecía un poco severa, y *Mensahib* Sheila es hija de un amigo del dueño que tuve antes. El caso es que me tomé la libertad de enviarle el pedido directamente a ella. Su amigo del departamento de pedidos le enseñó la fotografía de usted e hizo que la mandaran aquí. Confío en que no esté descontento de su humilde servidor por haber desobedecido.

—¡Condenado de mí! —exclamó al fin Flaswell—. Es lo que siempre digo. Vosotros, los robots, comprendéis mejor que nadie a los Humanos —se volvió hacia Sheila—. ¿Qué hay en esa caja de embalaje?

—Mis vestidos, joyas, zapatos, cosméticos, mi tocador...

—Pero...

—Cariño, querrás que esté presentable cuando vayamos de visita —dijo Sheila—. Después de todo, Citerea III está sólo a quince días de aquí. Me enteré antes de venir.

Flaswell, resignado, hizo una seña afirmativa con la cabeza. Había que esperar algo semejante de un modelo de lujo.

—¡Ahora! —indicó Sheila, dirigiéndose al robot sacerdote.

El robot no respondió.

—¡Ahora! —gritó Flaswell.

—¿Estáis seguros? —preguntó con aspereza el robot.

—¡Sí! ¡Comienza!

—No acabo de comprenderlo —repuso el robot sacerdote—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no la semana pasada? ¿Soy el único cuerdo que hay aquí? En fin. Amadísimos hermanos...

Y se celebró la ceremonia. Flaswell concedió tres días de fiesta y los robots los festejaron cantando y bailando a su manera.

Desde entonces la vida cambió en Azar. Los Flaswell comenzaron a llevar una modesta vida social, visitar y ser visitados por matrimonios que residían a quince o veinte días de distancia, en Citerea III, Tham y Randico I. Pero el resto del tiempo, Sheila era irreprochable Esposa Modelo, amada por los robots e idolatrada por su marido. El robot sacerdote, ateniéndose a su manual de instrucciones, aprendió teneduría de libros, para cuyo desempeño su mentalidad estaba bien dotada. Solía decir que si no fuese por él, la explotación del planetoide sería una ruina.

Y los robots seguían extrayendo torio, las plantas florecían y Sheila y Flaswell compartían las responsabilidades de los Humanos.

Flaswell no se cansaba de alabar las ventajas de la Roebuck-Ward. Pero Sheila sabía que la verdadera ventaja consistía en tener un capataz como el fiel y sin alma Gunga-Sam.

FIN

Libros Tauro